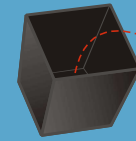


Hace unos meses convencí a Tony para que enviara un cuento al Premio La Gaceta de Cuba. Había leído su libro TRECE, aún inédito, y luego exploré la página [www.baratoseliquida.com](http://www.baratoseliquida.com), para comprobar que mi querido flaco de gafas naranjas se había convertido en un escritor, y muy bueno además.

Su cuento "Introducción al arte de escapar" obtuvo mención en el Premio de la Gaceta. Tony no le dio mucha importancia, yo, sin embargo, me alegré mucho. Sentía como si fuera una manera de mantenerle presente, de transportar algo de él hasta mi mundo, aunque no logre imaginarlo en el jardín de la UNEAC, bebiendo y riendo con sarcástica alegría ante los elogios de la gente. Por más que me esfuerce no logro imaginarlo en estas calles del Vedado o tomando cerveza en Siete mares como hacía tiempo atrás. Tampoco puedo imaginarlo en Barcelona por más fotos que envíe. Ya no sé cómo sonrío, cómo es su tono de voz, ni si podremos saldar nuestra deuda de ir al Acuario; de mi amigo sólo quedan breves parpadeos digitales y cuentos, esos cuentos que transpiran algo de él entre las letras.

He llegado a pensar que quizás escribir es un extraño modo de ubicuidad. O que la literatura puede que sea, por ahora, la única máquina del tiempo que nos toca.



La Caja de la china

## DEL LIBRO TRECE, un cuento de Antonio Arazo.

Primero me comí el instrumento. Era una vanidad que un chico de veintiún años andase por toda la Habana cargando un soberbio violonchelo fabricado Cremona, en 1732, llegara, por ejemplo, a H y 21, y tras acomodarse en un banco comenzara a tocar, siempre Hemmer, siempre el Concierto Total, opus 49. Pasaban los extranjeros, los policías, las impúberes. A veces se detenían a mirarme. No les hacía caso. Todo yo era un chelo sonando arrollador como si el mundo se hiciera en cada golpe de arco. Cuatrocientos veintiocho compases. Con el Re mayor final, me levantaba, guardaba mi música en su funda y me iba, por ejemplo, al Parque de la Normal, de ahí, quizás, al de los Chivos, o al Rembrand. Seguía tocando. Siempre el mismo concierto. Tan amado. Tantas veces.

30 de mayo, lo recuerdo por Juana. Desperté pensando en vanidades. Mamá había dejado el desayuno en la mesita del cuarto. No lo probé. Agarré mi chelo. Fui andando hasta el Almendares. 30 de mayo, lo recuerdo por Juana. Desperté pensando en vanidades. Mamá

había dejado el desayuno en la mesita del cuarto. No lo probé. Agarré mi chelo. Fui andando hasta el Almendares. Allí me dio la noche sin tocar una nota. Pensaba. En una ciudad de guarachas y timba un personaje desdoblado el Concierto Total de Julius Hemmer sobre cada parque, era una vanidad mayúscula. Pretendiendo salvar y salvarme no hacía más que repetir el viejo ritual de exhibirme superior. Era obsceno. Como quiera no podía evitarlo. Algún extraño designio me obligaba a sacar música de aquel artefacto siempre que lo veía. Decidí comérmelo. Fue una gran idea.

Volví a casa, busqué herramientas, me encerré en el cuarto y mastiqué. Primero el arco, sabrosas cerdas de caballo enresinadas. Siguieron las cuerdas, las clavijas, el mástil. Mamá tocó la puerta preguntando qué sucedía, al parecer había sentido ruidos. No te preocupes, dije, no pasa nada. Para el final guardé el mejor bocado, la caja, madera de arce, delicioso barniz de Cremona. Terminada mi labor salí a tomar un vaso de agua.

Me encontré más tranquilo. La vanidad es un bicho traicionero y peligroso. Por esta ocasión la había derrotado pero debería seguir atento. Satisfecho salí a celebrar a mi manera. Caminaba, disfrutaba el sentirme música. Los edificios, las calles, los transeúntes parecían entonar un raro canto. La Habana se veía casi limpia.

Meses más tarde oí lo de El Taller. En cierta casa de Playa se reunían los lunes un grupo de escribientes y bajo la tutela de un famoso prosista, realizaban lecturas críticas, con objetivos tan disímiles como inciertos, que iban desde consumir un tiempo libre excesivo o interactuar en justas intelectuales, hasta el real amor a la pureza del verbo.

Llovía el lunes en que toqué aquella puerta con mis dieciocho cuartillas a espacio simple, donde tras una historia aparentemente disparatada, se ocultaba el sin par problema de un pedazo de tierra que deliraba grandeza, y un chico, y un chelo, y una tarde de mayo.

Se iniciaron las exposiciones. Algunas tímidas, elocuentes otras. Hubo debates y consejos. Cuando llegué mi turno, leí lo mejor que pude. Al comienzo me enredaba bastante. Después la lengua fue fluyendo, al punto que sentía deslizarse por mi boca, difuminado entre palabras, el Concierto Total, opus 49 de Julius Hemmer.

Nadie entendió nada. Esto no es una frase muy feliz pero no creo haya otra más exacta. Me hablaron de lugares comunes, de sintaxis, gerundios, adjetivación, ritmo. El cuento, sentenció un flaco de gafas naranjas, debe ser una saeta que avanza cortando el universo. Nadie habló de música. Al final me recomendaron veintiocho títulos y me prestaron tres. Cuando salí a la calle aún llovía.

Leí. Primero aquellos tres tomos, luego los veinticinco restantes, después todo. Mi jornada normal se simplificó al extremo. Siete de la mañana despertaba. Desayuno, orinar, lavarme. Sobre las siete y veinteabría cualquier volumen. Una de la tarde almuerzo. Luego salía a comprar libros, cambiar libros, multiplicarme en libros. Me hice amigo de los viejos vendedores y me rebajaban cada ejemplar. No siempre, decían, aparecía un chico tan bueno, con tanto amor a la cultura, a las bellas letras y a largos etcéteras. Al volver a casa seguía leyendo. Sobre las 8:00 comía antes de regresar al cuarto a estudiar. Los libros se fueron amontonando por el piso, los estantes y la cama, formando estrambóticas columnas que alcanzaron a tocar el techo.

Al principio mamá se alegró. Engordaba, ya no salía tanto «con lo mala que está la calle». Después empezó a preocuparse «Bueno es lo bueno pero no lo demasiado. Se nos va a volver loco don Quijano entre tanta letra. Además, con este reguero el cuarto ya parece un laberinto». Una tarde preguntó por el chelo. Dije que lo había vendido.

Lo que se inició como una fiebre del leer, siguió sin previo aviso en la de escribir y fue correr las horas entre papeles, rellenando cuartillas con mi letra menuda y enrevesada y fabricar innumerables historias distintas, en las que bajo cada palabra se agazapaba el drama de un chico solo contra toda la vanidad de una isla.

Escribía. De pie, sentado, en cualquier posición. Un par de veces por día iba al baño a evacuar. No salía más del cuarto. Mamá me traía comida. A El Taller no volví. Ya nada importaba qué podría pensar la gente. Estaba seguro que mi prosa era infinitamente mejor que todo lo que había leído. A veces brincaba descalzo de la cama y a tientas, garabateaba en cualquier papel, en un libro, palabras hermosas, graves, urgentes. Tenía confianza en el poder absoluto del verbo. Por entonces estaba seguro que bastaba con escribir, ruda, impudicamente y que el mundo era mío mientras tuviera a mano tinta y un pedazo de papel, la pared del cuarto; cualquier rincón en blanco del planeta.

Febrero 17, lo recuerdo por Bruno. Soñé con vanidades y al despertar devoré todo pliego que cupo en mi estómago. No hay que explicar mucho. Escribo mejor que, soy distinto a, debo ser respetado por, y si no, caiga sobre ustedes la ignominia, incomprensivos que perecerán, yo seré inmortal. Todo vanidad. Comencé por mis propios papeles.

Cada minúscula hoja escrita por mí en tantos meses fue digerida y asimilada. Siguiéron los libros, cientos. El cuarto se fue despejando de a poco. Mamá contenta ya no tropezaba con el reguero al traerme alimento.

Ahora salía por las mañanas y compraba libros y periódicos y los comía en el silencio del cuarto. Vanidad de vanidades. Cuando no quedó dinero empecé a robar. Me iba a la calle con un morral enorme para llenarlo con cualquier hoja que encontrase. En las noches forzaba las ventanas de bibliotecas, almacenes o casas particulares para saciar mi hambre. El desconcierto en la ciudad fue grande. Se extinguía el papel. Aparecieron en los diarios, por primera vez en cuarentaytantos años, ofrecimientos de recompensa a quien diera una pista sobre el malhechor. Era agradable el sabor de aquellos anuncios. Con cada página comida sentía que salvaba al mundo. Igual a un Cristo.

La madrugada del 6 de julio, lo recuerdo por Huss, andaba El Cerro con mi mochila llena de libros robados y la vi pasar. Los días siguientes me mantuve acostado sobre la cama contemplando en el techo un par de ojos azules que me enfocaban risueños. No dormí ni un minuto. No tragué ni una letra. El 10 o el 11 de julio, decidido, peiné el cerro de Ayesterán a Los Bomberos, de El Salto al Latino, de Boyeros a Fardales. La encontré, conversamos. El sexo nos hace dioses, pensé mientras dormía a su lado, cuerpo tibio. Era preciosa. Mamá se alegró de mi nuevo rumbo. Este hijo mío se va haciendo una persona normal, comentó entre satisfecha y burlona. Al caminar La Rampa me complacía compararla con las demás y sentir la mirada envidiosa de doctores y camioneros. Cuando me descubrí gustando de

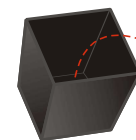
otras se desencadenó un fabuloso saltar de flaca a rubia, de gorda a mulata; un perderme en tantas camas, parques, autos, escaleras.

Naturalmente, un día que recuerdo no sé por qué, amanecí pensando en vanidades y claro, empecé a comerlas porque era vanidoso exhibirlas. Aquello, lo sabía, era imperdonable. Si lo de robar libros podía justificarse, quizás, con algún apócrifo de Martí, nadie que yo supiera, autorizaba a comer mujeres. No obstante tenía que hacerlo, cada mujer borrada era un una culpa menos y no de concupiscencia. Nada hay malo en el amor, tampoco en el sexo, pero la vanidad...

Al principio nadie advirtió nada, ya sé que no es una frase feliz, pero así sucedió. No dejaba huellas. De cualquier modo llegó el momento en que resultó evidente que la población femenina disminuía. Se multiplicaron los anuncios en los diarios. Comenzaron a perseguirme. Me tendían trampas, cercos. Evadí cuantos pude y seguí comiendo. Sólo perdonaba a mamá, hay una sola.

Fue inevitable que cierta mañana me viesen salir de un callejón con la boca manchada de sangre fresca y la noticia se esparciera como un corrientazo. Jamás la ciudad conoció semejante espectáculo. Yo corriendo delante, por el simple hecho de correr, sin plan de escape, sin buscar siquiera dónde esconderme. Detrás la multitud vociferante, las hordas de la vanidad que aumentaban en número por momento. Me arrojaban botellas, piedras, pedazos de escombros que golpeaban mi cabeza y mi espalda. Seguía corriendo. Cada vez que miraba atrás veía más gente, estaban más cerca. Ya me faltaba fuerza. Sentía los muslos pesados, el aire no entraba a mis pulmones. Otro vistazo atrás. Los perseguidores más cercanos ganan terreno. Diez metros. Trato de apurarme. No puedo. Las piernas no responden. Dolor en el vaso. Miro de nuevo. Más cerca. Ocho metros. Cinco. Dos.

Entonces vi el mar.



La Caja de la china

3